

Sebastián Acevedo

JOSE ALDUNATE

Sucedió hace justamente 10 años, el 11 de noviembre de 1983. Sebastián Acevedo Becerra había decidido llevar sus gestiones, hasta entonces infructuosas, a un clímax decisivo.

Dos días antes habían detenido a dos de sus hijos: Candelaria, madre soltera de un pequeño niño, detenida en Coronel, donde vivía con su padre, y Galo, arrestado en Concepción en el lugar de trabajo. Un grupo operativo de la CNI había llegado de Santiago para activar la represión en la región y estaba deteniendo y torturando. Hugo Huerta, un compañero de Sebastián Acevedo, había muerto bajo la tortura el 3 de noviembre. Asimismo, el propio padre de Acevedo había perdido la vista y había languidecido años después de haber sido apresado y torturado en la isla Quiriquina. Los más negros presentimientos embargaban ahora su espíritu.

El lunes 9 y el martes 10, con su mujer y dos familiares, recorrieron todos los lugares donde podrían estar sus hijos, y acudieron a las autoridades militares, civiles y eclesiásticas. Sus hijos estaban desaparecidos, las autoridades no sabían nada, no podían hacer nada efectivo.

El 11 hizo un último intento con las autoridades antes de resolverse a ejecutar un plan alternativo. Lo había conversado en dos noches de insomnio con su esposa, doña Elena. Era el de dar su vida por la vida e integri-

dad de sus hijos. A la una de la tarde ya lo tenía decidido. Compró dos bidones, bencina, parafina y un encendedor. Se empapó en esa mezcla inflamable y se colocó delante de la Catedral, mirando hacia la Plaza de Armas de Concepción. Allí clamaba: "¡Que la CNI me devuelva a mis hijos!".

Había trazado con tiza un círculo en el suelo. Nadie debía traspasarlo.

La gente se agolpó alrededor,

encendedor y su cuerpo estalló en llamas. Atravesó la calle como para dirigirse a la Intendencia, pero se desplomó en la plaza.

Eran las 4 de la tarde y 30 minutos. Acevedo agonizó aún siete horas, sin perder el conocimiento. Un sacerdote y periodista, Jaime Moreno, lo asistió en la plaza misma, recogiendo sus palabras:

Sebastián repetía: "Quiero que la CNI me devuelva a mis hijos"... Y añadía: "Señor, perdónalos a

po —en un 95 por ciento— significaba la eliminación de todo dolor. Protestó cuando le preguntaron si había tenido alteraciones siquiátricas: "Yo no estoy loco". Antes de morir, supo que la CNI había dejado en libertad a su hija Candelaria y aún pudo hablar con ella por citófono. Le encargó que educara "derechito" al niño. Al día siguiente, la CNI traspasó al hijo Galo a los tribunales de justicia. El sacrificio de Sebastián Acevedo no había sido en vano.

MATT MAHURIN - OP ART



un sacerdote procuraba disuadirlo, él insistía en que le trajeran a sus hijos. Entonces fue cuando un joven oficial de Carabineros, con torpeza y desprecio atravesó la línea para reducir a Acevedo y terminar con este "desorden". Sebastián Acevedo accionó su

ellos y perdóname también a mí por este sacrificio". Estas palabras quedaron registradas en la grabadora del periodista.

En el hospital regional, cuentan sus médicos, se mantuvo perfectamente lúcido y sereno. El compromiso casi total de su cuer-

Había dado su vida por la integridad de sus hijos.

Pero tampoco fue en vano el sacrificio de Sebastián Acevedo para lograr su intención de remecer la conciencia nacional ante la práctica de la tortura, tal vez la más inhumana de todas. Fue un

remezón de la opinión pública, amortiguada un tanto por la prensa, sobre todo santiaguina, silenciada completamente por la televisión y por los diarios oficialistas. Se procuró presentar el hecho como fruto de un desvarío cerebral (en frase del general Pinochet) o una lamentable acción suicida.

La Iglesia de Concepción, con el obispo Alejandro Goic a la cabeza, interpretó bien el mensaje. En los funerales multitudinarios celebrados en la Catedral de Concepción, el obispo recalcó el auténtico cristianismo de Acevedo, a la vez comunista y miembro activo de la comunidad católica "Como su maestro Cristo, murió perdonando a los mismos verdugos". Reconocía que gestos no imitables pueden tener con todo un valor profético y, respondiendo a este mensaje, el Obispado de Concepción pidió oficialmente la disolución de la CNI.

También comprendió el mensaje de Sebastián Acevedo el Movimiento Contra la Tortura que había surgido en Santiago dos meses antes. El camino que señalaba Sebastián no era solamente el de un radical compromiso contra la tortura. Era el del recurso a medios no violentos. La violencia la ejerció contra sí mismo y no contra los demás. Los que lanzaron el movimiento de protesta contra la práctica de la tortura el 14 de septiembre de 1983 en Santiago, asumieron caminos de no violencia. Protestaban en las calles y plazas, frente a las cárceles clandestinas de la CNI o las instituciones cómplices de estas prácticas aberrantes, impasibles a la represión, golpeando —eso sí— sólo a las conciencias temerosas y tolerantes de los conciudadanos. Este movimiento tomó pues el nombre de Sebastián Acevedo y proyectó su lucha y protesta durante los siete años que perduró todavía la dictadura militar.

La gesta de Sebastián Acevedo y la personalidad de este obrero y padre de familia constituyen una página memorable de la historia de la resistencia y liberación de nuestro pueblo de un régimen opresor.

José Aldunate es sacerdote.

En un diario de Santiago se publica, haciendo escándalo, una fotografía en que aparecen el padre Eugenio Pizarro, Gladys Marín, algunos dirigentes de la Agrupación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos y yo. El propósito de tal publicación es evidente: colocarme en una situación ambigua frente al comunismo o frente a la candidatura del cura Eugenio Pizarro.

¿Cuál es la verdad? Dicha fotografía fue tomada en una concentración multitudinaria realizada en el Parque O'Higgins hace más de un año, cuando el sacerdote Pizarro no era candidato ni precandidato a la Presidencia de la República. El objeto del acto está claramente expresado en un gran lienzo que aparece en la fotografía: "Por la verdad", y en otro más pequeño que expresa: "La juventud lucha por la verdad".

¿De qué verdad se trata? La verdad en cuanto a las peores violaciones a los derechos humanos y, especialmente, la verdad en cuanto al paradero de los detenidos-desaparecidos.

Sí, ¡no tengo por qué ocultarlo!, por esa verdad he luchado y si en esa causa me he

encontrado con otros seres humanos que piensan distinto a mí, no es razón para que yo deje esa lucha. Por el contrario, pienso que no es escándalo que un cristiano luche por valores espirituales y morales, como es la verdad en relación a los detenidos-desaparecidos; lo escandaloso es que personas que se dicen humanistas dejen de luchar por esa verdad, y por la justicia, con la razón cómoda de que en esa misma causa hay personas que piensan diferente.

Yo reivindico el derecho que tiene Sola Sierra a conocer el destino de su marido detenido-desaparecido; igualmente reivindico el derecho inalienable de Gladys Marín a saber qué pasó con su esposo, y el derecho de la madre que vive en el Asentamiento 24 de Abril de Paine a saber la verdad en relación a sus cuatro hijos. Sí, por esa verdad, como tantas otras personas, yo he luchado, y si eso implica sufrir

la incompreensión de algunos e incluso disminuir mi votación electoral, compenso dichos agravios con la satisfacción espiritual de haber procurado ser siempre fiel a los valores morales que han inspirado mis actuaciones públicas y privadas.

No obstante lo anterior, es decir la voluntad de seguir luchando a pesar de adversidades o ataques solapados, ello no quita que condene enérgicamente ciertas formas de propaganda política que enturbian y degradan el debate electoral. Más condenables son estos ataques cuando ellos provienen, justamente, de medios de difusión dirigidos por esa misma derecha que hoy gasta cientos de millones de pesos en hacer propaganda en favor de sus candidatos a parlamentarios.

Al plantear hoy este tema, no lo he hecho para dilucidar públicamente una situación personal. Se trata de algo dife-

rente. De lo que se trata es de plantear la necesaria transparencia de nuestro proceso electoral y, por lo mismo, de nuestra democracia. E indudablemente esa transparencia deja de existir cuando un sector político, en este caso de derecha, no sólo empieza a controlar la casi totalidad de los medios de comunicación, sino que, además, sus candidatos afrontan los procesos electorales con cuantiosas sumas de dinero, diez o 20 veces superiores a las de sus adversarios, todas ellas financiadas por lo que Andrés Allamand ha llamado los grandes "poderes fácticos" que se mueven en la sombra procurando conducir nuestra vida política.

Frente a esta triste realidad, el dilema para las próximas elecciones es si se impondrá el dinero con toda su insolencia y poder corruptor, o si triunfará la dignidad de un pueblo que ayer derrotó a la dictadura y que hoy lucha por construir una democracia eficiente, participativa y solidaria. El pueblo no tiene dónde perderse.

Andrés Aylwin Azócar es abogado y diputado de la Democracia Cristiana por San Bernardo.

Por la verdad

ANDRES AYLWIN A.